

LECCION XVI.

PECADO DEL HOMBRE.

Astucia del demonio. — Imprudencia de Eva. — Debilidad de Adan. — Bondad de Dios. — Interrogatorio de los culpables. — Sentencia contra el demonio. — Misericordia y justicia para con nuestros primeros padres. — Penitencia de Adan. — Su sepultura en el Calvario.

Nuestros primeros padres gozaban, colmados de gloria y de honor, en el paraíso terrenal todo lo que puede satisfacer á criaturas racionales: en torno suyo un mundo sometido á sus órdenes, ante ellos una vida de delicias y una eternidad de goces inesfables en el cielo, y sobre sus cabezas un Padre que velaba por ellos y los contemplaba con amor.

¡Ay! sus miradas paternales no eran las únicas que estaban fijas en ellos; también los miraba Lucifer. Este ángel culpable que acababa de perder su felicidad, resolvió granjearse compañeros de su ruina, haciendo á nuestros primeros padres cómplices de su rebelión. El cruel atacó á estas dos inocentes criaturas para perder en su estirpe á todo el género humano.

Parecióle la serpiente propia para su designio; se apoderó del cuerpo de este animal, el mas astuto, mas diestro y mas dócil de todos los que el Señor había criado sobre la tierra; y bajo esta figura se dirigió á la mujer, cuya índole débil, curiosa y crédula conocia. La lisonjeó primero con el amor de la libertad, y le dijo con falsa compasión: ¿Por qué no os ha permitido Dios que comiérais indiferentemente de todos los frutos de este jardín?

Eva, en vez de rechazar su voz emponzoñada, y ni aun de escucharla, para manifestar á Dios cuánta era su fidelidad, respondió al seductor: « Tenemos libertad de comer los frutos de todos los árboles » que hay en el paraíso. En cuanto al fruto de ese árbol que hay en » medio, el Señor nos ha prohibido comerlo y hasta tocarlo, temeroso » de que tal vez muriésemos al momento. »

El principio de esta conversacion era un gran peligro para el éxito de la tentacion; ¡tan cierto es que nunca se debe hablar con el enemigo de la salvacion! Demasiado bien lograba su objeto el tentador, para no pasar adelante. Este espíritu de mentira se atrevió á decir, contra las formales palabras de Dios, que no seria así, y hasta tuvo la osadía de atribuir esta prohibicion de Dios á una baja envidia. « Sois muy » sencillos, dijo, de dejaros intimidar de este modo: Dios sabe que el

» dia que comais de este fruto, se abrirán vuestros ojos, seréis como » dioses, y conoceréis el bien y el mal. »

Así pues, la primera falta de nuestra madre consistió en trabar conversacion con el tentador, y la segunda, en fijar sus miradas en el fruto del árbol prohibido. En vez de apartar la vista de él como de una cosa que le estaba prohibida, se complació en mirar tan peligroso objeto. El fruto era hermoso, y parecia que debia tener un gusto exquisito. Las promesas del tentador eran lisonjeras: la curiosidad, la vanidad y la presuncion produjeron el olvido de Dios y desvanecieron el temor; y seducida la mujer, alargó su mano al fruto prohibido, y comió.

El tentador se vanagloriaba de su triunfo; pero juzgó que Adan estaba demasiado instruido para caer en tan torpe lazo¹, y no trató de engañarle, sino que intentó debilitarle, atreviéndose á responder de la victoria si lograba emplear á su esposa en tentar su complacencia. Eva se defendió tan mal de este ataque como del primero; presentó, pues, el fruto á Adan, que no fué seducido por las promesas del demonio, pero se dejó arrastrar por una débil complacencia para con su mujer.

Comió del fruto fatal que le arrebató su inocencia, y le hizo perder en un momento, para sí y para sus descendientes, los privilegios con que había sido honrado para transmitirlos con la única obligacion de imponerse una corta y ligera violencia.

Adan y Eva habían permanecido hasta entonces desnudos como habían sido criados, y no se avergonzaban de su desnudez, pues estaban cubiertos con un traje de inocencia. Despojados de esta inocencia, abriéronse sus ojos, y el primer efecto de su transgresion fué el conocimiento de su estado. Tales fueron las tristes luces que reportaron de su falta; no se extendió mas allá la ciencia del bien y del mal tan ensalzada por el tentador, y solo se aprovecharon de ella para cubrirse como pudieron con hojas de higuera con que se hicieron anchos cinturones. No lo olvidemos, pues, jamás; aunque sean de lino, de púrpura ó de seda, nuestros vestidos nos recuerdan la falta y la vergüenza de nuestros primeros padres. ¿Qué vanidad podrémos fundar en ellos?

De pronto oyeron la voz del Señor que se paseaba por el paraíso despues del mediodía. Estas palabras significan que el Señor se apresuró á hacer sentir á los culpables la falta que habían cometido, para llenarles de un vivo remordimiento. ¡Bondad infinita! Despues de quebrantar nuestros padres la ley que les ha dado, el Señor no cesa

¹ Cum homo in primo statu secundum intellectum sic à Deo fuerit institutus, quod nullum malum in ipso inerat, et omnia inferiora superioribus subdebantur, nullo modo decipi potuit, nec quoad ea quæ scivit, nec quoad ea quæ nescivit. (D. Thom. p. 1, q. 94, art. 4)

de mostrarse misericordioso para con ellos, sino que semejante siempre á sí mismo, se acuerda de que es Padre y Médico. Como Padre, ve á su hijo degradando su nobleza y renunciando á sus altos destinos para arrastrarse por el lodo; y cediendo á la ternura paternal, no abandona sin auxilio al culpable, y le manifiesta aun un interés compasivo para arrancarle por grados de su bajeza, y restablecerle en los derechos que ha perdido. Como Médico, acude con presteza y afán cerca del enfermo que yace en el lecho del sufrimiento, y que reclama ó no el auxilio de su arte. Así obra Dios con el hombre¹.

No obstante, habiendo oído los culpables la voz del Señor, corrieron á ocultarse entre los árboles del paraíso. ¿Qué extraño delirio el creerse ocultos á los ojos del Todopoderoso, que está en todas partes! Parecíanse á los criados insolentes que para huir de la presencia de su amo enojado van á ocultar en los rincones y escondites de la casa su turbación y su espanto. Así pues, Adán y Eva, careciendo de asilo, van á buscarlo en la misma casa del amo que han ultrajado, entre los árboles de su jardín.

Á pesar de su precaución, el soberano Juez les descubrió al momento. Ya se hallan los culpables en su presencia. Meditemos, y en el silencio del dolor y del temor asistamos al interrogatorio. Son nuestros padres los que van á ser juzgados; escuchemos con atención las respuestas de los acusados, y el fallo que va á pronunciarse tanto contra ellos como contra el pérfido instigador del crimen. Recordemos primero la amenaza que Dios había hecho á nuestros primeros padres: « El día que comáis del fruto del árbol de la ciencia del bien » y del mal, moriréis². » La muerte del cuerpo y del alma debía ser el castigo de los culpables. La conducta de Dios para con los ángeles rebeldes establecía un precedente terrible; la razón humana merecía ser precipitada en el acto en la muerte eterna, y la justicia de Dios parecía interesada en la ejecución rigurosa de la sentencia. ¿Qué hará Dios siendo á la vez Juez y Padre? ¿Cómo conciliará las reclamaciones de su ternura con los derechos de su justicia? Sigamos este gran proceso.

El Señor Dios llamó á Adán y le dijo: « Adán, ¿dónde estás? » Le llama por su nombre para alentarle. Adán respondió: « Oí tu voz « en el paraíso, y tuve temor, porque estaba desnudo, y escondíme. » El Señor añadió: « Y ¿quién te ha dicho que estabas desnudo sino « el haber comido del árbol que te mandé que no comieras? »

Estas primeras preguntas nos demuestran con toda claridad la inagotable clemencia del Juez, quien podía, no dirigir una sola palabra al culpable, sino pronunciar al instante la sentencia de muerte con

¹ S. Chrys. homil. XVIII in Gen.

² Genes. II, 17.

que le había amenazado. No lo hace así; reprime su justa indignación, le interroga, y le permite que se defienda.

¿Qué responderá el acusado?

La mujer que me habeis dado por compañera, respondió Adán, me ha ofrecido fruto de este árbol, y he comido. El culpable no puede negar su crimen; pero en vez de humillarse y de recurrir á la clemencia de su Juez, echa la culpa á la mujer que Dios le ha dado, y parece acusar al mismo Dios de ser la primera causa de su ruina. Semejante excusa no era admisible, de modo que el Señor no se digna justificarla. Convencido Adán de su desobediencia, interroga á la otra culpable.

¿Por qué, pregunta á la mujer, has hecho eso? Es decir, si has oído la queja dirigida contra tí por tu marido, ¿por qué has acarreado su desgracia y la tuya?

Eva respondió: « La serpiente me ha engañado, y he comido de » ese fruto. » Eva no se defiende mejor que su esposo; así como Adán había echado la culpa á su mujer, Eva trata de presentar otro culpable. El Señor no pasa adelante con sus preguntas, y si las hace, no es por enterarse, puesto que nada le es desconocido, sino para dar una prueba de su clemencia para con los culpables, y proporcionarles una ocasión de presentar medios de justificarse, si es que los tienen.

Después de haber recibido la declaración de nuestros primeros padres, el Señor se dirige al provocador, no para oír su defensa, no para interrogarle, sino para pronunciar su sentencia; y sin preguntarle por qué, como había hecho con Adán y Eva, le dice sin rodeos: « Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y » bestias de la tierra; sobre tu pecho andarás, y tierra comerás » todos los días de tu vida. Enemistades pondré entre tí y la mujer, » y entre tu linaje y su linaje. Ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar¹. »

¹ A pesar de ser tan maravillosa, la historia de la serpiente tentadora no puede atacarse. La nota siguiente no tiene por objeto explicarla ni justificar á Moisés, sino mas bien demostrar la impotencia de la razón para convencer de falsedad el relato del Génesis. Para esto sería preciso demostrar: 1º. que un ser espiritual, el demonio, gozando de un poder cuyos límites son muy extensos, no puede hacer servir los órganos de la serpiente de modo que saque de ellos sonidos articulados, en tanto que otro ser espiritual, nuestra alma, inferior en poder, se sirve con tan maravillosa facilidad de la porción de materia que se le ha unido para articular sonidos, y trabar un trato sensible con los seres que le rodean. 2º. Para negar la maldición de la serpiente expresada por estas palabras: 1º. *Sobre tu pecho andarás*, sería preciso probar que antes del pecado todas las especies de serpientes se arrastraban sobre su pecho, ó al menos que la especie maldita se arrastraba ya como ahora. Ahora bien, esto no se probará nunca, en primer lugar porque existen aun en el día especies de serpientes que vuelan, y en segundo lugar porque es imposible saber cuál es la especie de que se sirvió el demonio y sobre cuál cayó la mal-

Estamos impacientes de saber por qué es castigada la serpiente y no el demonio, el instrumento y no el mismo autor del crimen. En esto vamos á ver brillar tambien el tierno amor que Dios nos profesa.

Un padre á quien ha arrebatado su hijo, objeto de su ternura, el hierro de un asesino, empieza por descargar su enojo sobre el instrumento homicida, que rompe en mil pedazos. Dios obra en esta ocasion del mismo modo; castiga á la serpiente que el demonio habia hecho servir para su criminal accion, imponiéndole una pena perpetua, para darnos á entender por medio de esta imágen sensible cuán odioso le es el demonio; y pues que castigó con tanto rigor lo que no fué mas que el instrumento, imaginad qué tratamiento recibiria el mismo autor del atentado. Ahora bien, como la maldicion pronunciada contra el demonio arrojado lejos de nosotros en los infiernos no tenia un efecto aparente á nuestros ojos, Dios quiso darnos de ella un testimonio sensible con el castigo de la serpiente, condenada á arrastrarse sobre la tierra y á comer tierra todos los dias de su vida.

dicion. 2º. Para negar la segunda parte de la maldicion, *comerás tierra todos los dias de tu vida*, seria preciso tambien probar que antes del pecado todas las especies de serpientes comian ya tierra, ó que despues no haya ninguna especie de serpientes que hagan de ella su alimento habitual. Doble pretension desmentida por la ciencia. Esta expresion, *comer tierra*, puede entenderse tambien en el lenguaje de la Escritura, como observan Bullet y Bergier, en el sentido de que al arrastrarse la serpiente para alimentarse, sus alimentos están ordinariamente manchados de tierra y polvo. Por otra parte, puede decirse con los comentadores que antes del pecado la serpiente se arrastraba y comia tierra, pero que estos hábitos que le eran naturales, fueron una pena para ella despues de haber servido de instrumento al demonio, y que este modo de subsistir la hace odiosa y despreciable, por lo cual causa horror al hombre. Al hombre era á quien Dios queria aleccionar sobre todo al castigar á la serpiente. Así pues, es una cosa honrosa llevar el agua y la leña al templo del Señor para el sacrificio, y no obstante era una pena impuesta á los Gabaonitas que recordaba sin cesar su culpable astucia y los hacia mas ó menos despreciables. 3º. Para negar la tercera parte de la maldicion: *Enemistades pondré entre tí y la mujer, entre tu linaje y su linaje*, seria preciso demostrar: 1º. que no existe en todos los pueblos un sentimiento de horror hácia la serpiente, y que ciertas naciones no le han rendido y le rinden aun culto como á un ser maléfico y enemigo del hombre; pero lo contrario está desmentido por los hechos; 2º. que el Hijo por excelencia de la mujer no aplastó la cabeza de la serpiente, es decir, que Nuestro Señor Jesucristo no destruyó el imperio del demonio derrocando los templos y altares erigidos en honra suya, y que no los destruye aun todos los dias; 3º. que la serpiente *no tiende asechanzas á sus piés*, es decir, que el demonio no ha desencadenado contra la humanidad santa de Nuestro Señor en el dia de su Pasion todas las potestades de las tinieblas, empleado todas las astucias y asechanzas para hacerle morir, que no le ataca aun todos los dias en sus ministros, etc. Pues bien, esta victoria del Hijo de la mujer sobre la serpiente, y esta guerra de la serpiente contra el Hijo de la mujer son dos hechos tan claros como el sol; y puesto que se ha cumplido esta última parte de la maldicion, deduzcamos que las otras han recibido tambien y reciben aun su ejecucion.

Pronunciada la sentencia del demonio, dirigióse el Juez á nuestros primeros padres. Mas ¡oh misericordia infinita! aun antes de notificarles la sentencia, hacia brillar en sus ojos, en la condenacion misma del tentador, vivos rayos de esperanza.

En primer lugar, diciendo que alzaria la enemistad entre la raza de la mujer y la de la serpiente, les daba á entender que no sufririan la muerte el mismo dia de su pecado como podian temerlo, y que si son condenados á esta pena, tendrán tiempo para prepararse y hacer su muerte meritoria. Y además, al añadir que la raza de la mujer aplastaria la cabeza de la serpiente, les enseñaba que serian reparados los males de que eran víctimas.

Nuestros primeros padres, con esta doble seguridad, debieron esperar sin inquietud la sentencia de un Juez que tan clemente se mostraba. Es verdad que habia vencido su misericordia, pero era preciso no obstante satisfacer á la justicia.

El Señor se volvió, pues, hácia la mujer, menos culpable que el demonio, pero mas culpable en algun modo que el hombre⁴, y le dijo: « Multiplicaré tus padecimientos; darás á luz tus hijos en medio de los mas vivos dolores; estarás sujeta al hombre, y él ejercerá sobre tí su dominio. » Reparad en la clemencia divina hasta en el rigor del castigo. Los dolores del parto serán compensados con consuelos que se los harán olvidar muy pronto; y la mujer recobrará con su dulzura y su paciente resignacion una parte de su dignidad, y suavizará el imperio del hombre.

Faltaba el padre del género humano, el rey del mundo visible, el amado de su Dios. El Señor le dirige la palabra y le dice: Pues que has preferido á mis mandatos la voz de tu mujer y has comido del fruto prohibido, la tierra que por sí misma y sin obligarla debia atender á tus necesidades, será en adelante un suelo ingrato y maldito. Todos los dias de tu vida te exigirá el mas fatigoso cultivo para darte á su pesar el pan que le hayas confiado con el sudor de tu frente. Se cubrirá de abrojos y espinas, y solo al través de sus agudas puntas recogerás las yerbas que formarán una parte de tu alimento. Tal será tu condicion hasta que, agotado por los trabajos y sujeto á la muerte, volverás á la tierra de donde has salido; porque eres polvo, y en el polvo te convertirás.

Esta terrible sentencia hiere al culpable en todo su ser: su entendimiento oscurecido, su voluntad inclinada al mal y su cuerpo víctima del dolor, atestiguarán en adelante la inmensidad de su falta y la severidad del Dios que le castiga. Sin embargo, Adán debió considerarse feliz de pagar su deuda á tan bajo precio, porque en medio de todos sus males le quedaba el mayor de los bienes, la esperanza,

⁴ S. Thom. 2p. q. 163, art. 4.

es decir, el tiempo y el medio á la vez de reparar su desgracia. Mejor tratado en esto que los ángeles rebeldes, aunque amenazado del mismo castigo, puede reconquistar el cielo, lo cual no pudieron hacer ellos ni podrán hacerlo jamás. Pues bien, cuando no se ha perdido el cielo sin recurso, ¿qué son las demás pérdidas?

El Señor Dios, cuyo corazón paternal sufre los golpes que su justicia descarga sobre los culpables, se apresura á dar á nuestros primeros padres una prueba de su bondad, porque la ternura se muestra mas afectuosa en las cosas mas pequeñas. Para evitarles la vergüenza de su desnudez, él mismo les proporcionó vestidos hechos con pieles de animales.

Esta dolorosa escena del primer juicio de Dios se terminó en el mismo jardín donde se había cometido el crimen, y para templar la amargura de su dolor, el Señor volvió á consolar otra vez á sus dos criaturas. En este instante, la primera mujer recibió de su marido el nombre de Eva ó de madre de todos los vivientes; nombre inspirado, que, realizando la dignidad de la mujer, profetizaba la santísima Virgen y reanimaba la esperanza en el corazón de los culpables. Solo faltaba que se ejecutase la sentencia. El Señor habló, y nuestros padres salieron tristemente del paraíso terrenal para no volver á entrar en él jamás. Un Querubín, armado de una espada resplandeciente, se colocó en su entrada para prohibérsela al primer hombre y á todos sus descendientes.

Desterrado no lejos de este lugar de delicias, y reducido á cultivar la tierra para alimentarse, Adán pasó una larga vida de novecientos treinta años llorando su pecado y haciendo penitencia, la cual fué tan humilde, tan constante y tan sumisa, que en vista del Libertador que se le había prometido, recobró la gracia de su Dios y murió en su amor. El padre del género humano fué enterrado en el Calvario. Cuatro mil años despues, la cruz de Jesucristo fué plantada directamente encima de la sepultura de Adán; pues convenia que las primicias de nuestra vida se colocasen donde lo había sido el origen de nuestra muerte.

¿No veis cuán admirable es la relacion de semejante lugar con la cruz de Jesucristo? Era muy oportuno que al venir Nuestro Señor á rescatar y llamar al primer Adán, escogiera para padecer el sitio donde había sido enterrado, y que al expiar su pecado expiara tambien el de toda su raza. Habíase dicho á Adán: *eres tierra, y en tierra le convertirás*¹, y por esta misma razon Jesucristo vino á encontrarle en el sitio donde se había ejecutado esta sentencia, para libértarle de la maldicion, y en vez de estas palabras: *Eres polvo, y en polvo te*

¹ Genes. III, 19.

convertirás, decirle: *Levantaos, los que dormís, y salid del sepulcro*². Así pues, el nombre de *Calvario*, que significa jefe, une en una misma profecía el sepulcro de Adán con el de Jesucristo, y todos los sacrificios y todos los misterios de la antigua ley con los de la nueva. Esta es una de esas bellas armonías que se encuentran á cada paso en el orden de la gracia, lo mismo que en el de la naturaleza, y que descubren una sabiduría á la que nada se le escapa².

¹ Ephes. v, 14.

² Oigamos lo que dicen los Padres de la Iglesia sobre la sepultura de Adán:

« El lugar donde se colocó la cruz de Jesucristo correspondia directamente á la sepultura de Adán, segun nos aseguran los Judíos, y era muy conveniente en efecto que las primicias de nuestra vida fuesen puestas donde había estado el origen de nuestra muerte. » Así habla san Ambrosio.

Esta opinion no era peculiar al ilustre Arzobispo de Milan, porque invoca primero el testimonio de los Judíos, en quienes estaba arraigado este parecer desde tiempo inmemorial, y lo había leído en Orígenes, que la funda en una tradicion antigua y admitida. « El lugar del Calvario, dice, recibió el don particular de haber sido elegido por sitio de la muerte del que debía morir por todos los hombres, porque una tradicion que ha llegado hasta nuestra época nos enseña que el cuerpo del primer hombre, formado por las manos de Dios, había sido enterrado en el mismo sitio donde debía ser crucificado Jesucristo. » Y da en seguida esta razon adoptada igualmente por nuestro santo Obispo: « Para que así como todos mueren en Adán, recibiesen tambien todos la vida de Jesucristo, y el jefe del género humano encontrase en él para sí y para toda su posteridad la resurreccion y la vida con la resurreccion del Salvador que murió y resucitó allí. » (*Tract. in Matth.*) Tertuliano no es menos preciso: « El Calvario, dice, es el lugar del jefe; el primer hombre está allí enterrado; la tradicion nos ha conservado la memoria de ello, y sobre este mismo sitio enarboló Jesucristo el estandarte de su victoria. » Pero san Atanasio es aun mas afirmativo, y se expresa en estos términos en un discurso sobre la pasion y crucifixion de Nuestro Señor: « Jesucristo no eligió otro sitio para padecer y ser crucificado que el del Calvario, que segun el parecer de los Judíos mas entendidos es el lugar del sepulcro de Adán, porque aseguran que murió y fué enterrado en él despues de su anatema y su condenacion. Si esto es verdad, la relacion de tal lugar con la cruz de Jesucristo me parece admirable, porque era muy oportuno que al venir Nuestro Señor á buscar y llamar al primer Adán, eligiese para padecer el sitio donde estaba sepultado, y que al expiar su pecado, expiase tambien el de todo su linaje. Había dicho á Adán: *Eres polvo, y en polvo te convertirás*, y por esta razon Jesucristo vino á encontrarle en el lugar donde se había ejecutado esta sentencia, para libértarle de la maldicion, y en vez de estas palabras: *Eres polvo, y en polvo te convertirás*, le dijera: *Alzaos los que dormís, y salid del sepulcro los que habeis muerto, pues Jesucristo os alumbrará.* » En tiempo de san Basilio esta tradicion era una creencia universal entre los Cristianos, aunque mas bien se conservaba en la memoria de los hombres que en sus escritos. No obstante, san Epifanio, nacido en Palestina, asegura haber visto libros que lo atestiguan. (*Heres. XLV*, núm. 5.)

Una opinion apoyada en tan respetables monumentos debe halagar á todos los corazones cristianos, y asombra que san Jerónimo haya podido combatirla. Por lo demás, un escritor moderno dedujo con san Cirilo de Jerusalem y con Grocio al comentar el Evangelio de san Mateo, despues de haber discutido doctamente estas objeciones, que el nombre de Calvario (en siriaco *Golgotha*) que significa

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy las gracias por no haber abandonado al hombre despues de su pecado; ¿qué digo, Dios mio? por habernos prometido un Redentor que nos vuelve con usura los bienes que perdimos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rechazaré la tentacion en el momento que la conozca.*

jefe, unia en una misma profecia la sepultura de Adan con el sepulcro de Jesucristo, y todos los sacrificios y misterios de la ley antigua con los de la nueva. (Duguet, *Explicacion de la Pasion, pasos de la cruz*, cap. 5. secc. VI, pág. 137; *Biblioteca de los Padres*, por Mr. Guillon, tom. IX, pág. 183.)

LECCION XVII.

ARMONÍA DE LA JUSTICIA Y DE LA MISERICORDIA DIVINA EN EL CASTIGO
Y EN LA TRANSMISION DEL PECADO ORIGINAL.

El rey de las Indias. — Pecado original en nuestros primeros padres y en nosotros. — Sus efectos, su transmision. — Justicia y misericordia para con nuestros primeros padres. — Armonía de la justicia y de la misericordia en el misterio de la encarnacion y de la pasion. — Doctrina de san Leon y de santo Tomás. — Necesidad de la fe en el Redentor.

En recompensa de la atencion con que habeis seguido las lecciones anteriores, vamos á principiar esta por una historia. Un rey de las Indias salió á caza con sus principales dignatarios, y al llegar al punto de la cita, el príncipe se apartó de sus cortesanos y se internó sin compañía en un espeso bosque. No tardó mucho rato en oir á cierta distancia una conversacion muy animada cuyo objeto deseaba saber, y acercándose poco á poco, se escondió detrás de una enorme palmera. Era un carbonero y su mujer que se quejaban amargamente de las miserias de la vida, y especialmente la mujer murmuraba con descaro de Dios y acusaba á nuestros primeros padres. ¡ Ah! decia ella, si yo hubiera estado en el puesto de Eva, nunca me hubieran hecho desobedecer la gula ni la curiosidad⁴.

El príncipe oyó su conversacion sin interrumpirles, y cuando acaba-

⁴ Debemos advertir que sin el pecado original naceríamos en el mismo estado en que fué criado nuestro primer padre, pero no en un estado mejor. Estaríamos lo mismo que él sometidos á la prueba, y como él podríamos perder la gracia y caer en un estado de pecado y de muerte. Santo Tomás, al examinar *ex professo* la cuestion de si los hijos nacidos en el estado de inocencia hubiesen sido confirmados en la justicia, responde formalmente que no. Además de un texto de san Agustin que lo supone, da la razon siguiente: Es evidente que los hijos al nacer no hubieran tenido mas perfeccion que sus padres en el estado de su generacion. Ahora bien, en todo el tiempo que hubieran engendrado, los padres no hubiesen sido confirmados en la justicia. La prueba es que el hombre no es confirmado en ella mas que por la clara vista de Dios, lo cual no es posible con la vida animal en la cual únicamente tiene lugar la generacion. *No podrás ver mi rostro*, dice el Señor á Moisés: *porque ningun hombre me verá y vivirá.* (Exod. xxxiii, 20.) Luego tampoco los hijos nacerian con esta confirmacion: « Confirmatur homo in justitia per » *apertam Dei visionem, quam cum parentes, quamdiu generassent, non habuissent, » nec etiam in statu innocentiae nati, in justitia confirmati fuissent.* (*Summa*, p. 1, q. 100, art. 2.) Conviene recordar esto, porque se cree con demasiada frecuencia que si nuestro primer padre hubiera sido fiel, nada hubiésemos tenido que temer ni que hacer. Lo cierto es que aunque hubiera sido fiel este comun padre, nuestros antepasados particulares hubiesen podido no serlo, y por consiguiente engendrarnos